

Un escritor enemigo de su propia obra

Desaparecido hace tiempo de la escena literaria, nos llegan, pocos meses después de su muerte, las poesías completas de Carlos Sahagún, el gran tapado de la generación del 50

Por Ángel L. Prieto de Paula

Poesía. SIENDO LA EGOLATRÍA tan frecuente entre poetas, sorprende el caso de Carlos Sahagún (Onil, 1938-Madrid, 2015), de cuya aparente inexistencia socioliteraria no tienen la culpa ni críticos torpes ni poetas envidiosos. Fue él quien se esforzó en desaparecer, y eso que con solo 19 años había obtenido el Premio Adonáis con *Profecías del agua*, libro iniciático que encabezaba esta reunión de sus poesías completas. En rigor, no lo son, pues con buen criterio no figura en ellas *Hombre naciente* (1955), que publicó apenas adolescente y cuyos sonetos están colonizados por la retórica de Miguel Hernández.

Excluida esa *plquette*, sus dos primeros libros son *Profecías del agua* (1958) y *Como si hubiera muerto un niño* (1961): ambos hacen de su autor quizá el principal poeta de la infancia de entre los de su tiempo histórico. Pero el niño de la poesía sahanaguniana no es el soberano de un universo arcádico, ni el adulto que recupera el estado de gracia originario y rural, al modo de Seamus Heaney en *Muerte de un naturalista*; ni siquiera el soñador que contempla afligido la distancia entre la vida que se intuye fuera y la sordidez cotidiana, como Martínez Sarrion en *Teatro de operaciones*. El niño que asoma en Sahagún es hijo de vencidos, heredero de una historia "de despojos guerreros y de hambre", al término de la cual hay una desolación ontológica.

Hasta 1973 no publicó *Estar contigo*, el libro más heterogéneo de los suyos, donde junto a excelentes poemas amorosos abundan las composiciones de tema cívico y político (muerte del Che, *Manifiesto comunista...*), con algunas ingenu-

dades catequéticas. La muerte de Franco produjo al menos dos poemas que valen por ellos mismos. Uno es "Corona fúnebre", de José Ángel Valente, publicado en *Cuadernos de Ruedo Ibérico* (1975) y no recogido en *Punto cero*. El otro es de Sahagún: se titula "Epitafio sin amor" y pertenece a *Estar contigo*. En él refiere

bulada. Ensimismado en su desolación como Gamoneda, aunque más contenido en la dicción y sin su tono oracular, Sahagún es también ajeno al burbujeo léxico y la ironía habituales en los del medio siglo a los que, a pesar de su juventud, se le asimila (cuando intenta esa entonación, como en "De la vida en provincias", la ironía se agría y termina en sarcasmo).

Por su aflicción psíquica y su severidad mate, casi opaca, esta poesía tiene pocos precedentes en la literatura española, en que la desesperación suele verbalizarse mediante el desgarrón interjectivo, a veces aspaventero. Paradójicamente, la pesadumbre de Sahagún embriaga al lector con la tenuidad de su música, especialmente en esos romances enesilabos donde se alían levedad de forma y gravidez de concepto. En "Final de fábula", cuyo arranque recrea el *planto* de Pleberio de *La Celestina* ("¿Y para quién construí navíos?"), va desvelando el engaño existencial a medida que discurre hacia un final donde la interrogación del inicio se aboca a una enunciación que congela el aliento: "Hoy hemos visto en el silencio / del mar su término terrible: / los navíos no zarparán, / las islas remotas no existen".

Aunque durante mucho tiempo Sahagún se negó a publicar obra nueva y hasta a reeditar la publicada, sabemos que continuó escribiendo, como lo evidencian los 28 poemas inéditos que cierran este volumen, en la línea de *Primer y último oficio*: "Hasta la orilla hemos llegado, / hasta donde el caballo se para / por miedo tal vez. Esa puerta, / enmarcada en el aire puro, / ¿da a los establos o a la muerte?". Mientras los fue componiendo, pensó titularlos *El lugar de los pájaros*, pero en el manuscrito que ultimó antes de morir sustituyó ese título por el mucho más neutro de *Últimos poemas (1978-2000)*. Fue su última lección de estilo. •



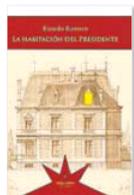
De izquierda a derecha, de pie, Ángel González, Carlos Barral, J. M. Caballero Bonald. Sentados, Carlos Sahagún, Francisco Brines, José A. Goytisolo y Claudio Rodríguez, en Oviedo en 1967. Foto: Antonio Suárez para el libro *Encuentros con el 50*

(en 1973) los efectos de la muerte del dictador como si ya hubiera sucedido: "Mientras vivió, permaneció en lo alto. Hoy quedan / retratos pisoteados, libros y panegíricos, / y algo como un horror en la conciencia / colectiva"...

En 1979 apareció *Primer y último oficio*, parte del cual había anticipado en la reunión de su obra *Memorial de la noche* (1976). A pesar de valerle el Premio Nacional de Poesía, fue entonces cuando decidió desaparecer. Se trata del mejor libro de los suyos, por su densidad verbal, lo abismal de lo psíquico y su belleza atri-

cuya vivienda parece que fue visitada. Pero nunca comenta nada. Un día el narrador, que baja al jardín de su casa para otear la curiosa habitación, cree percibir una sombra en su interior, algo que se sitúa en el centro de esta y se pone como a meditar. Otros días va ve al Presidente entrar con sus llaves y dirigirse directamente a "su" habitación, para luego de un largo rato volver a marcharse con la misma extraña naturalidad con la que entró.

Todo lo que ocurre en esta historia lo vemos a través de la mirada cartesiana de su narrador, una mirada obsesionada en captar el instante del acontecimiento para el que la casa siempre está preparada. Solo los lectores asistimos algo perplejos ante lo que se nos cuenta. Y ya es una fortuna estética que también tratemos de hacernos una idea de cómo reaccionaríamos si viéramos entrar al Presidente ya no en nuestra casa, sino en la del narrador. Romero, tras los pasos del Cortázar más ominosos, nos obsequia una historia o una metáfora tan redonda como singular. •



La habitación del Presidente
Ricardo Romero
Eterna Cadencia
Buenos Aires, 2016
96 páginas. 12,50 euros

una habitación de esa jerarquía. De vez en cuando descubre a su madre limpiándola, no sea que el Presidente aparezca cuando menos se lo espere. Además de la higiene, tal habitación está dotada de aquellos objetos que pueden hacer agradable la egregia visita. El narrador vislumbra su interior, percibe apenas las siluetas de una cama, un sillón y pocas cosas más. En esa casa nadie habla del Presidente, aunque se lo vea en la televisión. Nadie opina sobre él. Nadie se prepara para la ocasional visita. El narrador conoce a un compañero de clase

Monólogo exterior

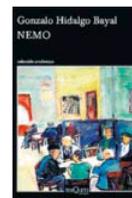
Por Lluís Satorras

NARRATIVA. AL IGUAL QUE EN *Paradoja del interventor*, empezamos en una estación de tren por donde se espera que llegue un forastero, magia y fascinación de una situación muy frecuente en la ficción. El que llega no tiene nombre como tampoco lo tienen los personajes locales denominados genéricamente el bodeguero, el carpintero, el herrero, el viejo, el ama o los gemelos e, incluso, la chiquillería (¡qué espléndida palabra se saca Hidalgo de la chistera!). El que llega, sin nombre verdadero, es el único que recibirá una aunque inventado, Nemo, es decir, Nadie como Ulises o como el capitán de *Veinte mil leguas de viaje submarino*. De los movimientos y manifestaciones de esos personajes debe dar cuenta el escribano (otro nombre genérico), que es quien nos lo hace accesible a nosotros, lectores, pues, como los escribanos de otros tiempos, ha recibido el encargo de dar noticia de todo lo referido a Nemo. Un trabajo difícil pues el hombre que acaba de llegar tiene decidido no hablar, no decir "ni mu". Y, efectivamente, ni una palabra saldrá de sus labios.

Gonzalo Hidalgo Bayal (Higuera de Albalat, Cáceres, 1950), es un autor audaz, poseedor de un estilo inconfundible que bebe de su admiración por Sánchez Ferlosio y puede relacionarse con el primer Luis Landero, el de *Juegos de la edad tardía* mientras la descripción de algún carácter en especial y algunos rasgos de estilo lo acercan a Elias Canetti.

Hay que decir que probablemente *Nemo* sea la novela menos narrativa del autor como la quintaesencia de una poética siempre en ciernes en la obra de nuestro autor. Un discurso largo y cuidadoso en el que puede decirse que el único hecho "real" es la llegada del enigmático forastero, poseedor del silencio absoluto frente a "nosotros, infelices parlanhines".

El resto consiste en ver, observar y vigilar para que el escribano pueda saberlo todo, anotar y producir un discurso pausado, reflexivo y especulativo. "Monólogo exterior" lo llama un personaje, socarronería del autor para regocijo del lector. Sin embargo, no le están vedadas las anécdotas significativas, las historias breves (la del cazador engañado y la del predicador enloquecido son estupendas) y la presencia gozosa de paradojas y refranes (Hidalgo no se ocupa esta vez de sus amados palíndromos). No es, desde luego, un libro de fácil lectura, pues exige del lector una larga y muy atenta dedicación, pero creo que el esfuerzo se ve largamente recompensado. No negaré que no se encuentren pasajes desalentadores, pero son compensados por segmentos absolutamente deslumbrantes, cuando el poder reflexivo del autor llega hasta los huesos. Por ejemplo, el capítulo 24, donde se pondera el valor infinito de la palabra, o el 90, en el que la piedra impone inesperadamente su ley. •



Nemo
Gonzalo Hidalgo Bayal
Tusquets
Barcelona, 2016
285 páginas. 18 euros

Esperando la egregia visita

Por J. Ernesto Ayala-Dip

NARRATIVA. EL ESCRITOR Y EDITOR argentino Ricardo Romero (*Entre Ríos*, 1976) es autor de varios libros de ficción, entre cuentos y novelas. Lamentablemente no puedo darle al lector ninguna referencia acerca de ellos. Excepto de *La habitación del Presidente*, *nouvelle* que ahora se distribuye por las librerías de España para suerte de todos nosotros. Esto nos lleva a preguntarnos, de paso: ¿Cuántos excelentes autores latinoamericanos nos estaremos perdiendo?

La habitación del Presidente transcurre en un lugar inominado de la provincia de Buenos Aires. Nos dice su narrador, un niño, que las casas en ese pueblo tienen todas unas habitaciones destinadas siempre al Presidente. En la casa del narrador hay